

REFLEXIÓN EN EL MES DE LOS EDUCADORES

EDUCAR EN EL CARISMA SS.CC.

Un arte paciente y amoroso

Resumido de una charla del Padre Alberto Toutin Cataldo ss.cc., Superior General de la Congregación de los Sagrados Corazones (2020)

LP



Queridos educadores: los invito a recuperar la vocación pedagógica como un arte, un arte paciente y fundamental. Es un arte que busca producir no solo obras únicas, sino también capacidades en serie, forjando habilidades presentes en el corazón de sus alumnos. Al hacerlo, transformamos no solo a los estudiantes, sino también nuestros propios corazones como maestros, padres y administrativos.

Recuerdo las palabras del escultor alemán Pettersson, quien escribió que nunca utilizó un modelo, sino que esculpía directamente desde el tronco. *“Mi mano es fuerte, pero avanzo lentamente, extrayendo algo desde dentro hasta que el tronco me hable”.*

¿No sería hermoso pensar que en nuestra tarea educativa estamos tallando una madera preciosa y que sabremos qué hacer cuando esa madera hable con todas sus potencialidades?

Este llamado a recuperar la dimensión de la educación como arte me lleva a compartir la espiritualidad de los Sagrados Corazones de Jesús y María. Esta espiritualidad nace de la Cruz, del Amor que se entrega hasta el final.

En la Cruz, vemos a Jesús pronunciar palabras trascendentales, como el perdón a sus verdugos y la encomienda de su Madre a su discípulo. Finalmente, entrega su espíritu al Padre. Aquí surge la pregunta: ¿Estamos hablando a nuestros estudiantes y seres queridos hasta el final, amando sin límites?

Observemos a María, acompañando a Jesús en la Cruz y entregándole como madre. Ella acepta su sufrimiento y se convierte en la Madre de todos los discípulos, prolongando su maternidad. Al acercarnos a los corazones de Jesús y María, descubrimos que el Amor auténtico requiere tiempo, paciencia y confianza en las capacidades de los demás.

En este viaje espiritual, la Eucaristía y la Adoración juegan un papel fundamental. La última cena de Jesús nos muestra cómo desea alimentarnos con su Amor. En la Eucaristía, lo vemos compartir con nosotros su cuerpo y sangre. Y en la Adoración, encontramos un espacio para la intimidad con Él, donde podemos aprender a amar desde la contemplación y la paciencia.

Sin embargo, el Amor que surge de la Contemplación y la Adoración no es solo un sentimiento, sino un Amor reparador. Es un Amor que se sumerge en nuestras heridas y fragilidades.

Jesús se presenta a sus discípulos resucitado, mostrándoles sus llagas, aceptando incluso sus fracasos. Este Amor reparador también requiere humildad para reconocer el daño causado y la capacidad de empatía para entender el dolor ajeno.

En este camino, aprenderemos a amar a Dios al servir a nuestros hermanos. La espiritualidad cristiana nos insta a ver a Jesús en cada persona necesitada. Al servir a los demás, servimos a Dios mismo, cumpliendo el mandato de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

El tiempo de pandemia nos ha desafiado, mostrándonos nuestra vulnerabilidad compartida y recordándonos que todos somos similares en nuestras fragilidades y talentos. Es un recordatorio de que necesitamos unos a otros y que debemos aceptar el amor reparador de Jesús en nuestras heridas.

En conclusión, los invito a abrazar la vocación pedagógica como un arte paciente, a vivir la espiritualidad de los Sagrados Corazones de Jesús y María a través de la contemplación y la Eucaristía, y a cultivar un amor reparador que transforme nuestras vidas y relaciones.

Que este llamado nos guíe en nuestra labor educativa y en nuestra búsqueda constante de amar más y mejor.